

gento mayor de la compañía, Piccot de Peccaduc, de carácter suave y ardiente realista, se alistó en los ejércitos de la emigración, prefiriendo cambiar de nacionalidad á reconocer las instituciones de Francia. Llegó á ejercer elevados cargos militares en Austria.

Phelipeaux, número uno de la promoción, también era fervoroso realista, pero, como vendeano, mucho más á macha martillo que sus compañeros. Pronto topó con Napoleón, que profesaba ideas republicanas, si bien las circunstancias no le permitieran explayarlas, y aunque estaban latentes, herían los sentimientos de Phelipeaux, motivando, por fin, abierta animosidad entre los dos alumnos, que varias veces hubieran disputado y reñido si los demás no les contuvieran. El corso y el vendeano siguieron odiándose en el curso de los sucesos. Phelipeaux, valiéndose de un disfraz, salvó, en 1796, al inglés Sidney Smith, preso en el Temple. Marchó con él á Egipto y fué el organizador de la defensa de San Juan de Acre, librándola de caer en poder de las tropas de Bonaparte.

Desmazis, también de la misma promoción, sirvió á Inglaterra y Portugal contra Napoleón, pero luego reconoció el gobierno de su antiguo condiscipulo y fué nombrado por éste administrador del patrimonio imperial, con otros pingües cargos para los individuos de su familia. Por otra parte, era Desmazis el único alumno que contrajo íntima y sincera amistad con Napoleón, cuyo carácter soñador, taciturno é inquieto no había mudado desde su salida de Brienne, si bien mantuvo más cordiales relaciones con sus nuevos condiscípulos.

El característico rasgo autoritario de su carácter fué vigorizándose progresivamente. Hablaba en tono seco, sobre todo cuando le parecía que los alumnos faltaban á su deber. Cierta día supo que un compañero, llamado Laugier de Bellcœur, iba adquiriendo costumbres licenciosas, y al efecto, le representó el riesgo que le amenazaba si seguía por tal camino. Laugier le escuchó, pero no hizo caso de la advertencia. Entonces Napoleón le amonestó por segunda vez, y como tampoco hiciera caso, díjole que en lo sucesivo se abstuviera de dirigirla la palabra.

También en París, como le había sucedido en Brienne, germinaron en Napoleón las ideas de patriotismo local. Pensaba en el heroico Paoli y decía á sus amigos que de buena gana le hubiera seguido



LA IGLESIA CATEDRAL DE AJACCIO  
(El cabildo al entrar en el templo, presidiendo una procesión.)



en la lucha por la independencia de su país. Tuvo, lo mismo que en Brienne, varios altercados con sus condiscípulos por este motivo, pues afirmaban que en la última guerra eran los corsos tan numerosos como los franceses, y que el valor de éstos venció la obstinación de aquéllos, á lo que replicaba ardientemente Napoleón, y para no extremar las cosas se alejaba profiriendo amenazas, acompañado de su fiel amigo Desmazis, quien se esforzaba en apaciguarle, dándole la razón. Todo esto le valió una severa reprimenda del director de la Escuela, quien le dió á entender que, si bien era loable el amor al país natal, no le convenía olvidar que debía su posición al favor del rey de Francia, por lo cual estaba obligado á moderar su lenguaje. Esta advertencia dejó frío á Napoleón, y un día en que se estaba confesando con el cura de la Escuela, ya enterado del ardiente patriotismo del joven corso, le sermoneó sobre el particular; pero Napoleón se escapó del confesonario diciendo, en voz alta: «que no había ido allí para oír hablar de Córcega, sino para cumplir un deber religioso.»

